

RITMO Y TOPOLOGÍA

Javier Echeverría

Fundación de Estudios Taurinos



I.— LA TOPOLOGÍA Y LA DISTANCIA



ecía Belmonte que «eso de los terrenos, el del bicho y el del hombre, me parece una papa. Si el matador domina al toro, todo el terreno es del matador. Y si el toro domina al matador, todo él es del toro. Esa es la fija» (Bergamín, *La música callada*: 33-34).

No es raro que, en su rivalidad con Joselito, Belmonte minusvalorara la importancia de los terrenos. Tampoco le faltaba razón. El toreo es mucho más que una geometría y que una topología.

Sin embargo, también hay una topología, que se manifiesta de varias maneras: los burladeros, las líneas de separación entre los medios y el tercio, las querencias y, sobre todo, los respectivos cuerpos. Podríamos decir que el conocimiento de los terrenos es un requisito del arte de torear, una condición necesaria, pero no suficiente.

Veamos un primer ejemplo. Si un toro ha sido citado desde los tres burladeros, ha acudido al envite y ha rematado en tablas sin que ningún peón le haya dado un

capotazo, se puede decir que se ha hecho con todo el terreno. Así comienza una lidia canónica, por mucho que haya toreros que reciban al toro a porta gayola y que haya toros que salten la barrera, tratando de huir del ruedo. Cuando el matador se dirige por primera vez hacia el toro que ha embestido y rematado en los tres burladeros, quien domina el ruedo es el toro. Su territorio es toda la arena. A continuación se trata de que el torero vaya haciendo suyo lo que al principio era terreno del toro: el torero ha de hacerse su lugar ante el toro, cuidando la distancia, el sesgo de la embestida, previendo la salida, etc. Ciertamente, en el último tercio puede ocurrir que la relación se haya invertido y que todo el terreno sea del torero, pero siempre hay una excepción, un territorio en la plaza que el torero no domina: la sombra del cuerpo del toro (Fig. nº 16).

A lo largo de una faena de muleta, el torero puede ir expandiendo su terreno conforme va menguando el terreno del toro; pero nunca puede llegar a controlar el trozo de arena sobre el que la res asienta sus cuatro patas: su sombra. Únicamente a la hora de matar, cuando el toro cae tendido sobre la arena, cabe decir que el torero se ha hecho con todo el ruedo.

Veamos un segundo ejemplo. Parece muy difícil, si no imposible, que el matador domine al toro cuando éste ha recorrido desafiante todo el anillo y se ha plantado en los medios. El torero puede entonces llamar su atención, citarle, embarcarle en el engaño, ceñirse a su embestida, intentar hacerse con él, ganarle un palmo de terreno en cada lance, irlo llevando a los medios y rematar allí la tanda con el capote haciéndole doblar los remos con una media que lo deje

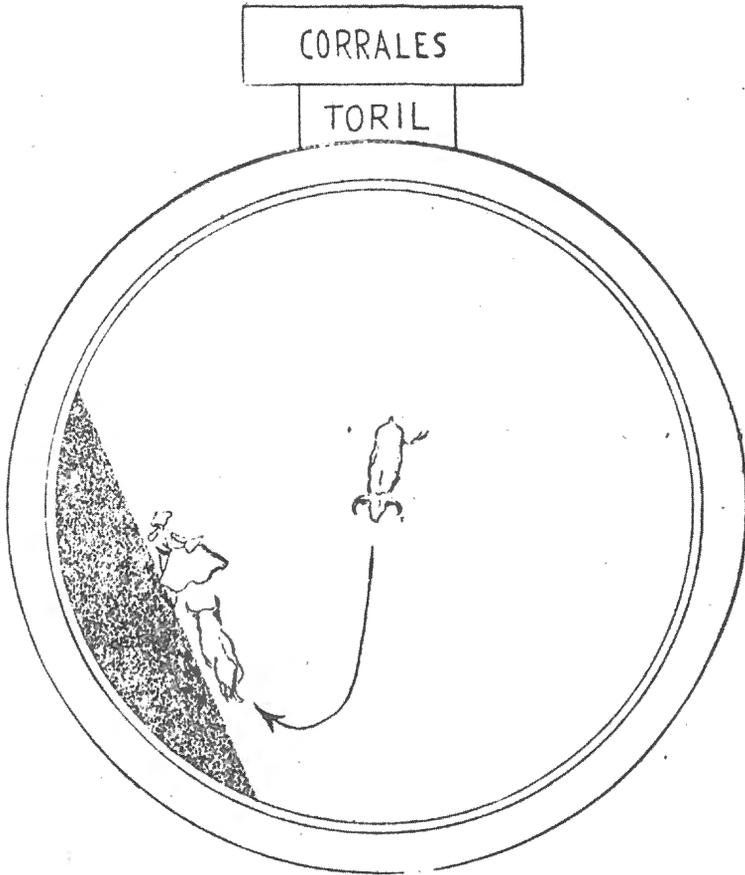


Fig. nº 16.— Cuando sale el toro por la puerta de chiqueros y corre con toda su pujanza el ruedo todo el terreno pertenece al animal. Los toreros, prudentes, se protegen detrás de los burladeros. El maestro sale a recibirlo pegado a las tablas y en sus lances debe ir ganándole terreno (Gris: terreno del torero; blanco: terreno del toro). Apunte técnico de M. G. Lestie. (Apud.: Popelin, 1956: 41).

quieto, de nuevo en el centro del ruedo. Pero aun después de esta serie, que puede haber sido lucida o no, nadie puede permanecer allí, a no ser que se llame Don Tancredo y esté quieto, parado. En lo que se refiere a los terrenos, el axioma de partida consiste en que, salvo excepciones, un toro bravo domina inicialmente todo el ruedo. Será luego cuando haya de experimentar, ya en el primer tercio, que no puede ir a todos los lugares, sino allí donde el torero le manda. A esto se le llama orden de la lidia, y el orden tiene mucho que ver con la topología.

Vayamos a un tercer ejemplo, ya en el tercio de muleta. El toro ha sido sometido a un castigo severo y ha perdido fuerza: ya no domina todo el ruedo. Sin embargo, todavía tiene un terreno propio, determinado por sus astas, por su testuz y por la embestida que le quede, y sobredeterminado por sus querencias. Un torero que conozca su oficio debe saber medir ese terreno con precisión: la mayoría de los toros son más peligrosos cuando defienden su terreno. Esa medición se hace con el cuerpo, citándolo a la distancia precisa, aproximándose un poco más, cruzándose, transgrediendo la frontera entre el terreno del toro y el terreno del torero, que abarca ya la casi totalidad del ruedo. Incluso diría que un buen torero ha de intentar, además, ampliar el terreno del toro, dejándolo descansar, citándolo de lejos, dándole espacio, aproximándose poco a poco. A los toros no se les debe ahogar. Incluso a un toro bravo y acometedor hay que dejarle reposar, y ello no sólo para que recupere sus fuerzas, sino sobre todo para que recupere su espacio. No habría fiesta ni lances taurinos si no fuera porque el toro es un animal territorial, que defiende su espacio. Y aunque la extensión del

terreno del toro vaya disminuyendo conforme el toro pierde poder, el torero siempre debe permitir que el toro reconstruya su propio espacio. Incluso en el caso en que el toro vaya embebido en la muleta del torero, siempre debería haber una distancia, mínima, infinitesimal, entre el percal y las astas.

La faena ideal requeriría, a mi modo de ver, que los cuerpos del torero y del toro se rozaran una y otra vez, de múltiples maneras, según cada lance, pero sin llegarse a tocar jamás. En lugar de arrimarse al toro, y todavía más, en lugar de echarse encima del cuerpo del toro, sobre todo si el toro ya ha pasado, el torero ha de arrimarse al terreno del toro, llegando hasta su borde, e incluso transgrediendo esa frontera, si puede y si se atreve. Mientras se consiga marcar la distancia justa entre el terreno del torero, que se va ampliando a lo largo de la lidia, y el terreno del toro, que va menguando, puede haber suerte. Si no se acierta con la distancia, podrá haber pases, suertes no. Para que haya suerte, buena o mala, la apuesta tiene que estar bien planteada. Pueden darse pases muy lucidos, y sin embargo mal planteados. En tales casos no ha habido suerte, por muy aplaudida que sea la faena. Un torero que conozca su oficio puede embarcar en su muleta a toda una plaza y llevarse al público prendido en el engaño de la simulación de una faena (Fig. nº 17).

Ello resulta particularmente frecuente cuando sólo se intenta ligar los pases, en lugar de replantear las suertes. Entre una suerte y otra, aunque las dos sean al natural, debe haber una cesura, un corte. Ese punto de escansión puede ser mínimo, instantáneo, infinitesimal. El torero que manda de verdad, a mi modo de ver, es aquel que reconstruye una y otra vez la topología relativa que se produce entre el toro y

él, y por consiguiente el que renueva la diferencia entre ambos terrenos. Cuando el matador cita y transgrede la frontera invisible que delimita el terreno del toro, éste embiste, puesto que ese es el espacio donde todavía domina, porque le quedan fuerzas para mantenerlo como suyo. Tras producirse el encuentro, y en su caso tras haberse templado en la embestida —lo cual depende del ritmo, no de la topología—, el torero debe devolver al toro a su terreno. En el mejor de los casos, lo devolverá hasta el borde mismo de dicho terreno, volviendo a tener al toro en suerte. Terminar de dar salida y volver a citar son dos tiempos distintos, aunque puedan percibirse prácticamente como idénticos cuando dos suertes se ensamblan en una misma melodía. Cuando se procede así y, tras haber dado salida, se vuelve a dar entrada, se está replanteando la suerte: no sólo se ligan los pases. Esta cesura imperceptible entre un tiempo y otro implica un mantenimiento de la topología todavía vigente en el ruedo. Mandar a un toro es mandarlo a su terreno y dejarlo situado allí de tal manera que, una décima de segundo después, el toro vuelve a ser citado en el borde mismo de su territorio, y a causa de ello ha de volver a embestir, casi mecánicamente, como si fuera un toro de carril. Hasta los carriles de un tren han de haber sido construidos sobre una topología de traviesas. Si el torero consigue, además, insuflar un ritmo a ese ensamblaje de suertes, incluidas las breves cesuras, se habrá dado un paso adicional para lograr una gran faena.

Pero no adelantemos el tema del ritmo, que resulta ser muy diferente a la topología que hasta ahora estamos comentando, por mucho que, sin topología y sin medida de las distancias correspondientes, no haya ritmo

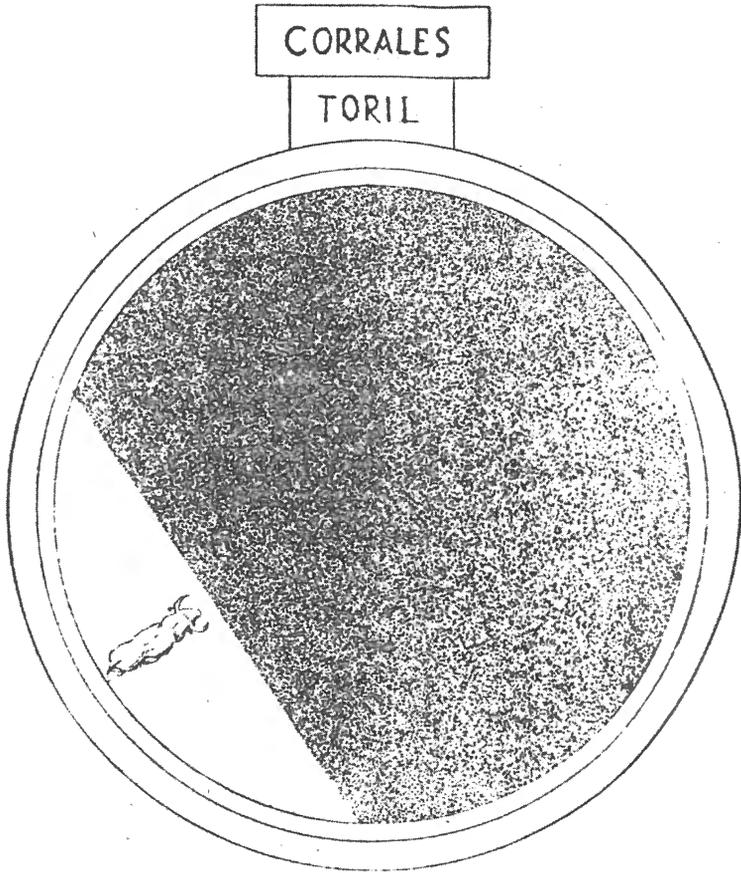


Fig. nº 17.— Cuando al final de la corrida el toro se protege y acula en tablas la mayor parte del ruedo ha pasado a ser dominio del matador: el animal está vencido (Gris: terreno del torero; blanco: terreno del toro). Apunte técnico de M. G. Lestie. (Apud.: Popelin, 1956: 41).

posible en una faena. Comentemos de nuevo el momento límite en el despliegue/repliegue de las topologías respectivas: la suerte de matar.

También en este caso, el toro debe seguir siendo toro, es decir, debe seguir teniendo un terreno, y seguirlo defendiendo. Cuando se mata recibiendo, el toro todavía es capaz de atacar para defender ese territorio, ya muy menguado. Cuando se entra al volapié, se irrumpe de golpe en el terreno del toro, manifestándose la ambición última del matador: hacerse con todo el ruedo y, en su caso, poder dar la vuelta al ruedo como al principio la dio el toro, cuando atacaba furioso de burladero a burladero (Fig. nº 18).

Pues bien, incluso en ese momento en el que ya el acero se dirige, raudó y silencioso, hacia el morrillo, incluso entonces la existencia de una topología debe quedar perfectamente subrayada, y ello de la manera siguiente: el cuerpo del toro sólo debe ser tocado –y herido– por el metal. Ni siquiera para matar hay que abalanzarse encima del toro. Se trata de ejecutar una suerte y, por consiguiente, hay que darle su salida al toro, aunque ésta vaya a ser la del desolladero. Los espectadores suelen fijarse mucho en el modo de perfilarse, en el modo de entrar a matar y en el lugar donde se clava la espada. A mi entender, tan importante o más es la manera en que el torero, sea con el engaño, sea con el propio cuerpo transformado en engaño, consigue dar salida al toro.

Como podrán Uds. comprobar, la faena ideal de la que les estoy hablando tiene varios axiomas a priori, pero al menos una regla empírica fundamental: nunca el torero ha de tocar físicamente al toro, a no ser de pura alegría, y para acariciarlo. La pica, la banderilla y la espada son las mediacio-

nes únicas y necesarias entre los toreros y el toro, por lo que al contacto físico se refiere. Cabe una excepción a este modelo ideal, pero sólo una: que el brazo del torero haya

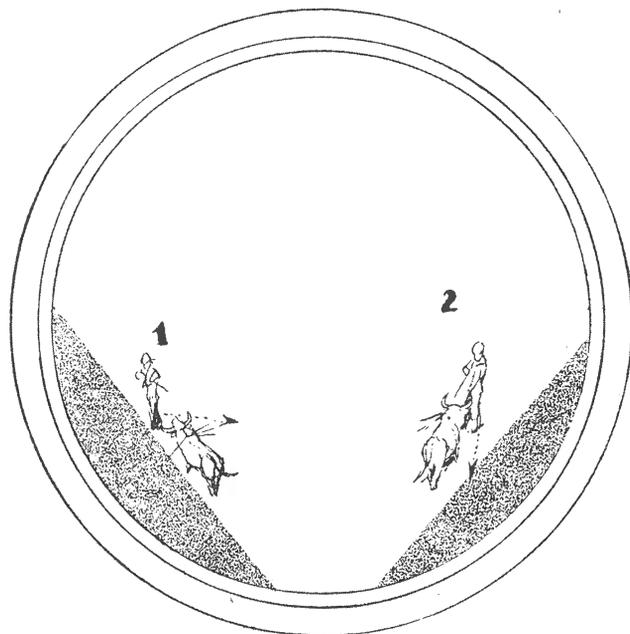


Fig. nº 18.— Distribución de terrenos en la suerte de matar. 1.—Suerte contraria: el matador sale por su terreno; 2.—Suerte natural: el matador sale por el terreno del toro. Se llama natural porque colocándose el matador en el terreno del adversario le estimula su embestida. Apunte técnico de M. G. Lestie. (Apud.: Popelin, 1956: 43).

entrado con tal fuerza en el morrillo del animal que su puño llegue a tocar la llaga mortal y se tiña con la sangre del toro; pero sólo el puño que va detrás de una empuñadura. Nunca

el traje de luces. Ni una sola lentejuela debería de estar manchada por la sangre del toro si todas las suertes, incluida la de matar, hubieran sido realizadas conforme a las determinaciones topológicas que subyacen a toda faena. Por lo demás, el cuerpo del torero puede llegar a estar infinitamente próximo al cuerpo del toro en el momento de cargar la suerte, y en particular a sus astas, pero sin tocarlo ni dejarlo tocar. Las pieles del torero y del toro sólo deben contactar cuando el estoque se ha vuelto parte del cuerpo del torero y del toro: es decir, a la hora de matar. Únicamente en ese instante los terrenos del toro y del torero llegan a formar parte de una misma topología.

La topología no depende de la extensión, sino de la estructuración del espacio en partes. La diferenciación entre el terreno del toro y el terreno del torero tiene su expresión límite en la diferenciación entre sus respectivos cuerpos. Desde el punto de vista de la faena ideal, malo es que el torero le pegue al toro, como malo sería, por poner un ejemplo extremo, que el torero se montara sobre el toro. Salvo en el momento de la muerte, siempre debe haber una distancia, progresivamente más corta, entre el toro y el torero; en esa distancia se representa la diferencia entre sus respectivos terrenos. Así como al principio el toro domina totalmente el ruedo, salvo el lugar en donde se aposta el cuerpo del torero, así también al final de la lidia el torero debe dominar por completo la arena, pero también con una salvedad: el cuerpo del toro sólo puede ser suyo en el momento de matar. Así como el toro desplegaba su topología en las primeras fases de la corrida, y con ella delimitaba y estructuraba el ruedo, así también el torero ha de ir desplegándose a sí mismo a lo

largo de la faena, mostrando que cuantos terrenos significativos hay en el ruedo, que son todos y cada uno de los lugares en donde se han cruzado el torero y el toro, han acabado siendo suyos. De un *topos* del toro se pasa, paso a paso, lance tras lance, a un *topos* del torero. El ser humano se revela así como un animal todavía más territorial que el toro.

Aunque la corrida no se reduzca a una topología; si que se construye en base a una distribución inicial de terrenos y a un combate por ellos sobre el ruedo. En su *Teoría y juego del duende*, García Lorca definió el duende del toreo como un esfuerzo por llegar hacia dos metas opuestas: «En los toros adquiere sus acentos más impresionantes porque tiene que luchar por un lado con la muerte que puede destruirlo, y por otro lado con la geometría, con la medida, base fundamental de la fiesta». Esta geometría, esta topología, se nos hace visible por medio de la distancia que hay entre el cuerpo del torero y el cuerpo del toro, y en particular sus astas. Si alguien se dedicara a estudiar esa función distancia a lo largo de una faena de muleta, comprobaría que sufre grandes oscilaciones. Pero nunca, salvo a la hora de matar, adopta el valor cero. Cuando así sucede es, o bien porque el torero ha sido cogido por el toro, o bien porque el torero no ha sido suficientemente fino, desde el punto de vista de la topología, y ha manchado de sangre su traje de luces. Sólo el metal puntiagudo de la pica, de las banderillas y de la espada debe entrar en el territorio último del toro, que es su cuerpo. En la curva que describe esa función-distancia torero/astas, debería haber varios puntos en donde la curva resultara tangente al eje, pero sin llegar a valer cero. Estos serían los momentos en los que podría haberse producido una suerte taurina.

II.— EL RITMO

Supongamos que los terrenos del torero y del toro han llegado a ser tangentes, a rozarse. En tales casos, el toro embiste, y si es bravo y tiene fuerzas, embiste de largo. Tanto cuando corre como cuando embiste con las astas al capote, el movimiento del toro tiene un ritmo.

Al igual que sucedía en el caso de los terrenos, al comienzo de la lidia siempre es el toro quien marca el ritmo del juego. Pepello decía que los toros tenían más o menos «pies», con lo cual aludía a la velocidad, sin duda, pero también al ritmo de la embestida. No se mueve al mismo ritmo un toro cuando acomete que cuando entra en jurisdicción, por decirlo al modo de Pepe-Hillo. Acoplarse a dicho ritmo es una segunda regla básica de la lidia, como acoplarse a los terrenos del toro era la primera.

Conforme avance la lidia, el ritmo del toro irá decreciendo, se hará más pausado. A partir de un momento dado, el toro ya no se arranca por sí mismo ni acomete con tanta fuerza: su territorio se ha reducido en extensión y su ritmo de embestida ha pasado del *allegro al andante*, y por último se ha convertido en un *adagio*. Quien lleva la batuta de esta música callada, que es el torero, ha de saber marcar los tiempos al ritmo que le indica la «*prima donna*», sin cuya actuación este- lar no hay ópera taurina. Hay toros que mueren sin abrir la boca para dejar constancia de su sonora soledad en el ruedo.

Puede ocurrir también que, a partir de un cierto momento, y si la faena es buena, ya no sea el toro, sino el

torero, quien imponga el ritmo a la melodía que desgranar ambos cuerpos sobre la arena pautada por la topología a la que antes nos referíamos. El toreo no es sólo un acoplamiento de lugares. La faena ideal que evocaba anteriormente no tendrá emoción, ni podrá ser bella si las notas que se dibujan en el acorde y en el contrapunto de ambos cuerpos no mantienen un mismo ritmo, por heterogéneos que sean los instrumentos que las originan.

Cuando al acoplamiento de terrenos se le añade un acompasamiento de ritmos, entonces se hace el silencio en la plaza. De poco sirve la pauta topológica que generan los terrenos del torero y del toro si el toro se para a mitad de la suerte o si el torero se deja enganchar el engaño porque interpreta la música a un ritmo demasiado lento.

Las suertes de capa y de muleta poseen un ritmo, y lo poseen en cada uno de sus tiempos. Al citar: si no se cita al ritmo que requiere el toro, éste se distraerá, recordará sus que-rencias, mirará al tendido, se entretendrá con cualquier cosa que se mueva. Al tender la suerte, que es cuando el toro entra en jurisdicción, y no antes ni después —a toro no llegado o toro pasado—, como bien subrayó PepeIllo: hasta el engaño debe ser tendido al ritmo en que se viene acercando el toro. Por último: en el momento del encuentro, que es cuando la suerte se realiza, y se ve, y se sabe si ha sido buena o ha sido mala. Cargar la suerte supone recrearse en el acorde silencioso que componen ambos cuerpos cuando ambos están situados a la distancia justa y se mueven al mismo ritmo, como si el torero abrazara al toro con la seda de su capote, aunque siempre sin llegar a tocarlo. Sólo en ese momento la suerte se convierte en silente nota musical que resuena en el corazón de todos los espectadores y

hace vibrar los dos cuerpos en liza. Mas también hay ritmo, debe haber ritmo, cuando se le da salida al toro, una vez realzada la suerte. El toro debe ser devuelto a su terreno con el mismo cuidado con el que fue recibido en su acometida.

Logrado esto, se inicia otro compás: una nueva suerte. Si se quiere mantener el ritmo, se seguirá toreando a la verónica, por trincherazos o al natural. Si se quiere cambiar de ritmo, se hará un recorte, un adorno o un desplante. A continuación vendrá otra serie, otra tanda de suertes, que no de pases. El tema de la melodía habrá cambiado, sin perjuicio de que, conforme avance la faena, pueda haber algún «ritornello», a la vista de que el acoplamiento entre toro y torero ha resultado mejor en uno y otro terreno, a uno y otro ritmo.

Así como cada uno de los tiempos de una suerte requiere su propio ritmo y su propio compás, así también la sucesión de suertes está marcada por una componente rítmica. Tratándose de un virtuoso de la música, al toro hay que dejarle que vuelva a afinar sus instrumentos antes de volverle a citar al encuentro musical de la suerte. También el torero ha de recomponer las hojas de la partitura, eligiendo entre su repertorio de suertes aquel ritmo y aquella melodía que considere más adecuada para el siguiente movimiento. Hay que volver a ajustar los terrenos, pero sobre todo hay que volver a afinar los cuerpos. Hay que mirar al toro al final de cada serie para ver cómo queda: y hay que dejarse ver. Mientras el torero medita sobre cómo proseguirá la composición de su faena, puede salir de la burbuja en la que estaban el toro y él para mirar al público, para retomar saliva o simplemente para sonreír, si la suerte anterior fue buena. Lo importante es que el toro siga estando centrado en él, dispuesto a repetir el dúo, aunque sea a ritmo más lento.

Pocas veces resuena la música callada en las plazas, pero cuando eso sucede, incluso en los cosos más vocingleros, canta el silencio. A partir de ese instante, todavía se puede ir a más. Acompasarse al ritmo del toro es una condición necesaria, pero tampoco es suficiente: lo esencial para que se vaya cuajando una buena faena es que el torero llegue a imprimir su propio ritmo al toro. Entonces puede decirse que el torero manda en la faena, y no sólo en una u otra suerte. La música callada comienza a ser privada a partir del instante en que el torero imprime su propio ritmo a cada uno de los tiempos de la suerte, pero se transforma en íntima cuando el «tempo» que separa una suerte y la siguiente es ligero sin ser acelerado. Aunque el toreo se escenifica en una plaza pública, el torero y el toro están solos cuando interpretan su música callada, el uno para el otro. Aquí es cuando la soledad de ambos resulta delicadamente sonora.

III.— CONCLUSIÓN

Soy de los que piensan que el público tiene muy poco que decir en este festejo. Por mucho ruido que haya en la plaza, la música callada impone su silencio en el terreno en donde se cruzan el torero y el toro. Habitualmente, ese silencio se expande por todo el ruído, e impregna los tendidos.

Sobre todo cuando el torero transforma su batuta en espada. En ese momento, por fin va a llegar a tocar la piel del toro.

